

—No quiero nada más que huir de la presencia de usted.

—Sin embargo, ¡tendrá V. guerra, y una guerra cruel! dijo Amanda á Julia, quien, no obstante haber pasado el umbral de la puerta del taller, oyó bien este grito de venganza, que llegó á estremecerla hasta lo más íntimo de su alma.

V.

APRESTOS PARA EL COMBATE.

Al día siguiente Julia, sola en su cuarto, estaba abismada en profundas y dolorosas reflexiones.

Hallábase condenada á una forzosa ociosidad, lo que era el más cruel tormento para su carácter activo y su organismo de artista.

Ademas, su corazón dolorido necesitaba distraerse, y con nada lo hubiera conseguido tanto como con un trabajo asiduo é incesante.

Pensaba en su marido; en su marido, á quien apenas veía más que á las horas de comer, en las cuales permanecía silencioso, taciturno y sombrío.

Cuanto más reflexionaba en las crueles palabras de Amanda, tanto más se convenía de que tenía razón respecto á que jugaba: ¿de dónde procedía, si no, aquel desasosiego que se advertía en sus facciones, aquel descuido de su persona, aquellas horas desusadas de volver á su casa? ¿De dónde el haberse vuelto su carácter tético é intratable? ¿De dónde aquel violento disgusto que se pintaba en su fisonomía durante la hora de la comida en familia?

A cada una de estas tristes preguntas se daba Julia una amarga respuesta; pero casi era feliz al atribuir el cambio de su marido al vicio fatal del juego, y al decirse que no era efecto de que el cariño que le tenía se hubiera entibiado.

¡Mágico prisma del amor, qué bello y rosado eres!
¡Cuando te extiendes ante los ojos del alma sólo vemos nubes de rosa y oro, aladas formas que nos acarician y nos prometen un risueño y venturoso porvenir!

Y sin embargo, al juzgar Julia por su alma angelical á su marido se engañaba completamente; el alma de aquél era tan baja como elevada la suya: si se entregaba al juego, con ardor era para olvidar la negra envidia con que miraba el genio de su esposa: aquella envidia que le devoraba como un veneno corrosivo.

En medio de sus tristes reflexiones levantó la cabeza y vió á la jóven de la buhardilla, que sin duda espiaba aquel instante para dirigirle un saludo más afectuoso que el del día anterior.

Ya se hallaba escribiendo: delante de su ventana, y calentándose á los rayos del sol, se veía un pajarito encerrado en una jaula, y un perrillo negro y feo enroscado en un pedazo de alfombra vieja que habia extendida sobre la escarcha del tejado.

Al lado del perro habia otros objetos, que fijaron desde luego la atención de Julia por su extraña y encantadora belleza.

Eran dos macetas de loza verde que contenian una de esas plantas llamadas *bocas de dragon* y una pomposa mata de toronjil.

¿Cómo la jóven podia conservar aquellas plantas en medio de los rigores del invierno?

Era uno de esos misterios encantadores de la hábil é ingeniosa poesía de la mujer.

Delante de la ventana estaba la mesilla, y delante de la mesa, la jóven escribiendo con una rapidez que Julia pudo observar muy bien á causa de lo angosto de la calle.

Aquella jóven tenía los cabellos bañados por el sol, y el dorado rayo que se quebraba en ellos resbalaba hasta su rostro, poniendo en relieve la hermosura de sus ojos inclinados y orlados de dobles y largas pestañas negras, una frente noble y elevada, y las graciosas líneas de su nariz y de su boca.

Habia en su traje, en su peinado y en toda su persona algo que decia, no al oído, sino al alma, que no era una mujer vulgar, y que, á pesar de la humilde sencillez de su aspecto, tenía en la frente un rayo de divina inteligencia, y en el corazón y en el pensamiento un raudal de perfumes.

Julia lo comprendió así y la contempló con una especie de avidez; hallaba al fin en su camino un sér á su imágen y semejanza, cosa tan difícil de encontrar en la vida.

De repente oyó llamar con suavidad á la puerta, y su pecho palpité de alegría pensando que era Diego. Levantóse y fué á abrir.

Pero en vez de la hermosa figura de su esposo, apareció á sus ojos la exígua persona de Adelina.

Julia dió un suspiro.

— Si te incomodo, me iré, dijo tristemente la niña.

— No, no, entra, querida mía, respondió Julia, que habia sentido muchas veces que separasen de ella á aquella niña los manejos de Natalia : léjos de incomodarme, me alegro de que entres á verme.

— Pues no dice eso mi hermana.

— ¿No? ¿pues qué dice?

— Que te molesta el verme.

Julia fijó en la niña una mirada de asombro: en los ojos de Adelina brillaban la malicia y la desconfianza á un tiempo.

Su sonrisa era recelosa, y huraña y dura la expresion de su semblante.

— Natalia se equivoca, contestó gravemente Julia; yo me alegro siempre de verte.

— Pues yo tengo miedo de entrar..... y hoy me he atrevido, porque como estaba sola y no tenía á quien pedir de almorzar.....

— ¡Cómo! ¿no has almorzado?

— No; ¡ni tú tampoco!

— Es verdad : ahora me acuerdo de que no me han llamado al comedor.

— ¡Ya! ¡Como que no hay que almorzar!

— ¿Cómo que no hay?

— No; la criada se ha marchado diciendo que no queria estar más aquí, porque hacía cinco días que traía la compra sin dinero.

— ¿Pero no le daba Diego por la noche?

— No : ya sabes que viene á las dos á casa y que se acuesta en seguida.

— Pero yo creí que era ahora Natalia quien se cuidaba de todo.

— Ella come lo que la dan y nada más. Como yo.

— Pues ella debe tener dinero.

— ¡Ya se ve que lo tiene; pero se lo guarda! Voy conociendo que es mala.

— Llámala, querida, llámala, dijo Julia, quien, á pesar de su mansedumbre, temblaba de ira al ver el estado de su casa.

— ¡Si no está! respondió Adelina.

— ¡Cómo que no está!

— Salió hace dos horas : á las once : ¿no sabes lo que ha sucedido?

— No.

— Pues bien, ha venido á buscarla un coche magnífico con lacayos de librea.

— ¿A Natalia?

— Sí : el lacayo que llamó á la puerta traía una carta para ella y dijo que era de parte de la señorita Amanda de Montalvan : yo tomé la carta y el recado.

— ¡Es extraño! murmuró Julia pensativa, en tanto que Adelina, cediendo á esa versatilidad de impresiones propias de su edad, se dirigia al balcon.

La jóven de la buhardilla la miró y le envió con la mano un amable saludo.

Pero Adelina no se contentó con una respuesta muda, y gritó :

— ¡Muy buenos dias, vecina! ¡qué lindo pajarito tiene usted!

— ¿Le gusta á V., querida mia? respondió la vecina.

— Mucho, y me gustan tambien mucho las flores.

— ¿Quiere V. venir á verlas de más cerca?

— ¡Pues no he de querer!

Y Adelina, acostumbrada á hacer siempre su gusto, salió corriendo de la estancia, bajó la escalera, atravesó la calle y entró en la casa de enfrente.

Un instante despues la vió Julia en la ventana de la buhardilla. Adelina la saludó alegremente y le dijo:

— Cuando vaya te llevaré una flor.

Julia le hizo un signo de asentimiento y volvió á sumergirse en amargas meditaciones.

— Es preciso trabajar, se dijo; sí, sí: puesto que mi marido se desentiende de mí, es forzoso que yo trabaje para los dos, que tenga valor y tome con mano fuerte las riendas de esta casa, que amenaza venirse abajo. Natalia procurará desde hoy no sernos gravosa, porque yo lo quiero así. Adelina cuidará de la casa y yo pintaré, mal que le pese á Diego, puesto que él corre á su perdicion por la pendiente de la holganza y del vicio.

Julia, despues de pronunciar estas palabras con voz firme, se levantó, tomó de su pupitre una hoja de papel, y se puso á escribir á la persona que ántes le compraba sus cuadros para que le adelantase algun dinero á cuenta de uno que tenía empezado.

Al escribir el billete, su vista era débil y su mano se negaba á formar las letras.....; tenía hambre! Hacía cerca de veinte y cuatro horas que no probaba alimento al-

guno; mas, á pesar de todo, hizo un esfuerzo y salió para encargar á un mozo de esquina que llevase la carta á su destino.

Cuando llegó á su casa cayó en un penoso sopor, que interrumpió la llegada de Adelina, y que ya se iba apoderando de ella: la niña venía muy alegre, y sus ojos negros chispeaban de gozo.

— He comido un bollo que me ha dado esa señora de enfrente, dijo al entrar; ya no tengo hambre.

— ¿Y has dicho allí que la tenías? preguntó Julia temblando de vergüenza.

— No, respondió Adelina; me dió Clemencia el bollo sin pedir yo nada.

— ¿Quién es Clemencia?

— La vecina; así se llama: su padre es viejecito y está baldado, sin moverse de un sillón.

— ¿Y viven solos?

— Solitos: Clemencia arregla y viste á su padre y hace todas las cosas de su casa, ménos guisar, porque les llevan la comida de la fonda: es muy amable; todo me lo ha contado: ¿á que no sabes en lo que pasa la mayor parte del día?

— ¡Qué se yo!

— En escribir.

— ¿En escribir?

— Sí; traduce novelas, se levanta muy temprano y arregla á su papá y le da el desayuno: luégo se pone á escribir: ahora traduce una novela del inglés: su padre me besó en la frente y le dijo: «Dale un bollo á la niña.» Ella fué corriendo á buscarle y me lo dió con una alegría

y de tan buena gana, que, aunque tenía un poco de vergüenza, me lo comí.

Adelina calló y quedó algunos instantes meditabunda: luégo prosiguió:

— Dime una cosa, Julia.

— ¿Qué?

— ¿En qué consiste que Clemencia me gusta más que mi hermana Natalia?

— En que es más amable.

— Pero no me gusta más que tú.

— Eso es porque yo te quiero.

— Tambien me dice Natalia que me quiere, y á pesar de eso se va sin darme de almorzar.

— ¿Vuelves ya á tener hambre?

— Sí.

— ¿Pues no has comido bollo?

— Sí, pero era muy pequeño.

— Vamos á ver, querida mia, dijo Julia; yo no puedo darte de almorzar, porque no tengo qué; pero ¿querrás comer conmigo?

— Sí, por cierto; ¿pero tú has almorzado?

— No.

— ¿Y no te quejas?

— ¿De qué me serviría?

— Siempre es un consuelo quejarse cuando uno tiene hambre y mal humor.

— No lo creas; es más consolador tener paciencia: se padece mil veces ménos y ahorramos á los demas muy malos ratos.

— ¿Y qué me importa á mí que los demas padezcan?

— Querida mia, repuso Julia blandamente, si quieres que te amen, prefiere siempre al tuyo propio el bienestar de los otros; si no, te sucederá como á tu pobre hermana, á quien nadie ama en la tierra.

— ¿Pobre llamas á Natalia?

— Sí, porque lo es, y mucho, la persona que ni da ni recibe otra cosa que indiferencia.

— Pues es más rica que tú, porque ella come y tú no.

— Sin embargo, su alma está hambrienta; no te olvides jamas, mi pobre Adelina, de alimentar el alma; para tu estómago y el mio yo ganaré dinero desde hoy.

La niña quedó pensativa y meditabunda; en cuanto á Julia, subió á su taller y extendió un lienzo en un caballete, sintiéndose mucho más dichosa desde que tomó la firme resolucion de trabajar.

Sus pinceles la hicieron casi olvidar la necesidad de su estómago; y áun no hacía una hora que pintaba, cuando Adelina le anunció la llegada del comisionista comprador de sus obras.

Su primera accion, despues de saludar á Julia, fué poner sobre la mesa un paquete que contenia dos mil francos.

— Aquí hay dinero, señora, le dijo; ¿para cuándo estará el cuadro?

— No sé, caballero, respondió la artista; pero haré cuanto pueda para que esté lo ántes posible.

— ¿Y qué representará?

— El egoismo.

— ¿Irá firmado?

— Con mi nombre y apellido; y de esta suerte firmaré todas mis obras en lo sucesivo.

— ¡Que me place! exclamó el comerciante: lo mismo he conseguido de una jóven que me vende manuscritos, y que tampoco queria firmarlos por modestia.

— ¡Cómo! ¿tambien hace V. negocios en literatura?

— ¡Y magníficos! ¡ésos sí que son lucrativos! compra originales y traducciones, que luégo vendo á mi vez á los editores. Clemencia Merval es una adquisicion.

— ¿Se llama Clemencia?

— Sí, Clemencia: es una preciosa viudita de veinte y cuatro años, que vive aquí enfrente de usted.

— Yo creí que era soltera.

— No; es viuda, y dice que jamas volverá á casarse, porque amó con locura á su marido.

— ¿Y qué es lo que vende á usted Mme. Merval? ¿manuscritos originales ó traducciones?

— Ambas cosas: traduce del inglés, y sus trabajos tienen una gracia, una ternura, una sensibilidad, una elegancia.....

— Sin embargo, no debe usted pagárselos muy bien, señor Picard.

— ¿Por qué dice V. eso?

— ¿No vive en aquella buhardilla?

— Sí; pero ¿qué tiene que ver?.....

— ¡Que no habla mucho su posicion en favor de la generosidad de V.!

— ¿Y si ella quiere hacer su caudalito? ¿y si desea guardar su dinero para las enfermedades de su viejo padre, á quien adora? ¿y si es avara?

— ¡Ella avara! ¡con ese dulce y poético rostro! ¡imposible!

— ¿La conoce V.?

— De verla allí, en su ventana.

— Pues yo me alegraría de que se hicieran ustedes amigas.

— ¿Por qué?

— Porque las dos son dos buenas cabezas: las novelas de Mme. Merval inspirarian á usted excelentes cuadros, y los cuadros de usted le inspirarian á ella excelentes novelas. ¿No sabe usted que la pintura y la poesía son hermanas? y aunque ella no escribe versos.....

— No es necesario escribirlos para ser poeta, señor Picard: la prosa puede estar tambien llena de poesía.

— Ciertamente: conque, señora, hágase V. amiga de Mme. Clemencia.

— Pero ¿y si ella no gusta de mi amistad?

— ¿Pues no ha de gustar, si V. es un ángel?

El comisionista puso, para decir estas palabras, la cara más dulce que le fué posible, y despues, inclinándose, dió algunos pasos para salir del estudio de Julia.

— ¡Mucho desea mi cuadro! se dijo ésta mirándole con inocente vanidad.

— ¿Me permitirá V., señora, que venga de vez en cuando á ver cómo va ese lienzo? preguntó el comerciante volviendo atras y como respondiendo á su pensamiento. Me interesa que esté lo ántes posible.

— Cuando V. guste puede venir.

— Yo le traeré á V. á Mme. Merval.

—Y yo acepto tan lisonjera promesa, y le doy á usted mil gracias anticipadas por tan agradable visita.

—No hay por qué : me conviene que sean ustedes amigas : adios, señora.

Salió por fin Mr. Picard. Julia dejó su caballete, bajó á su cuarto y guardó el dinero en su secreter, poniendo algunas monedas en su bolsillo.

Luégo llamó á Adelina, y ésta respondió desde el comedor, entrando en seguida en el cuarto de Julia.

La pobre muchacha presentaba el aspecto más grotesco : tenía en la mano un mendrugo de pan muy duro que habia mordido por algunas partes, el semblante descolorido, y los ojos encarnados de haber llorado : la infeliz niña tenía hambre.

—¡Ay, Julia! dijo ; la paciencia se me acaba, á pesar de que ella es consoladora, segun tú me aseguras : y ¿sabes por qué? ¡porque el estómago me duele mucho!

—Vamos, querida niña, dijo Julia, que estaba enternecida : tu dolor de estómago se va á acabar, porque vamos á comer.

—¿A comer?

—Sí.

—Pero ¿si no hay quien nos haga la comida!

—Irémos á la fonda.

—¿Solás?

—Sí.

—¿Y si vienen Diego ó Natalia?

—Nada importa.

—Es que te reñirán.

—Adelina, dijo la artista con dulce gravedad, desde

hoy soy lo que nunca he sabido ser : el ama de mi casa : es mi deber, y no lo dejaré ya de cumplir.

—Pues si dice Natalia que tú no eres nadie aquí.

—Ese es el justo castigo de haber dejado de ser lo que debia : yo le probaré lo contrario.

—¿Y tienes dinero?

—Sí.

—¡Si mi hermana se reia de que Diego jamas te daba un cuarto!

—Ya no necesito que me dé, dijo Julia con las mejillas rojas de vergüenza ante el recuerdo de las humillaciones que habia soportado : ya tengo dinero : ¡mira!

Y enseñó á la niña algunas monedas en la palma de su pequeña y enflaquecida mano.

—¡Voy á buscar mi manteleta y mi sombrero! gritó Adelina alegremente, y salió de la habitacion corriendo y cantando á pesar de la debilidad de su estómago.

—¡No más hambre! exclamó Julia con energía así que la muchacha hubo desaparecido : ¡no más desnudez! ¡no más humillaciones! ¡Dios está conmigo, porque en mi trabajo es donde quiero hallar el arma que me defienda!

.....
Dos horas habian trascurrido cuando volvian á entrar en su casa Julia y Adelina despues de haber comido bien y haber tomado café en una fonda inmediata.

Aquella lucía un sombrero nuevo, y en un paquete llevaba un hermoso chal de abrigo, una manteleta para Adelina y calzado para ambas, cuyas prendas acababa de comprar.